

## DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo A)

El pueblo judío había aceptado la ley de Moisés, con los mandamientos como norma suprema, pero a algunos les parecería que Jesús viene a cambiar las cosas. Jesús se lo deja claro: “No creáis que he venido a abolir la ley o los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud...” Ahí tenemos la clave de lo que Jesús nos quiere decir: la plenitud de la ley está en Él, en el amar como Él ama: amor a Dios, que es nuestro Padre y al hermano, que son todos.

Hoy Jesús nos propone varios ejemplos: la ley no solo prohíbe matar al hermano, sino que se debe evitar cualquier gesto, acto interior y conducta que desprecio o de rechazo.

El precepto del adulterio, y no solo por la acción externa, sino por las actitudes, deseos y acciones personales, de tal manera que quiere devolver el matrimonio a la ley del amor verdadero.

Y, por eso, va añadiendo una sentencia que nos manifiesta esa plenitud que pide Jesús: “pero yo os digo”. Y ahí es donde nos deja la referencia que cada uno debemos vivir como fieles discípulos suyos. Jesús quiere que seamos sinceros y veraces de corazón y que no invoquemos innecesariamente el nombre de Dios para justificar nuestras posturas y acciones.

La clave de este evangelio es la referencia a la reconciliación con el hermano: “Si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja la ofrenda y vete primero a reconciliarte con tu hermano”.

A Dios no le agradan ni oraciones ni sacrificios de quienes no se perdonan de corazón o tienen algo contra el hermano. Quien no perdona de corazón al hermano, tampoco puede esperar ser perdonado por Dios.

El Evangelio de hoy no pretende ser práctico, dar consejos y normar para vivir y pensar. Pero es vital: el don de Dios pide una respuesta total.

Date cuenta de dos cosas que suceden a la vez. Jesús es muy exigente, pero también es grande la gracia y la fuerza que te quiere dar para conseguirlo. Lo que Jesús te dice es lo que desea tu corazón, lo ves muy claro, pero te faltan las fuerzas. Pero no es imposible si te abres a Dios de verdad y renuncias a ti mismo.

Por eso es tan importante para nosotros la Eucaristía. Porque es donde Jesús nos dice las cosas claras, donde enciende nuestros corazones, y también es donde se nos da Él mismo para la lucha diaria para ser más santos.

Pidamos a la Virgen María hoy estas dos cosas. Primero, aceptar a Cristo en mi vida, abandonarme y confiar en Él, que el Espíritu Santo penetre en todos los rincones de mi ser, me sane, me transforme, me llene de su fuerza y de su amor. Segundo, pidamos también que sepa exigirme más para no rebajar mi vida a un cristianismo mediocre y cómodo que sin duda no me hará feliz.